DISCIERNO DÓNDE ESTÁ MI CAMINO

FELIPE SANTOS, SDB

Para discernir dónde está mi camino

Aún sabiendo que el Padre que nos ama nos aguarda en su casa, que el Hijo es nuestro Maestro que nos enseña y el Espíritu que es nuestro Guía nos conduce por el camino, no sabemos tanto, desde la salida y al detalle, el itinerario a tomar (Jn 14, 1-3; Mt 23, 8-10). Ciertamente, el Padfre nos llama a la santidad claramente; Cristo es para nosotros el camino, la verdad y la vida (Jn 14, 6); y el Espíritu Santo es nuestra luz diaria. Pero el Señor ha puesto en nosotros la libertad de la gloria de los hijos de Dios (Rm 8, 21). ¿Qué hacer, tras la vida y y el amor con el más preciado de todos los dones? Hay que discenir a qué se nos llama.

Ahora bien, discernir la orientación de su vida es la aventura más apasionante que existe. Pero es también la más arriesgada. La aventura es apasionante porque llama a lo más bello de la libertad, la inteligencia y el amor. Es arriesgada, pue puede ser doloroso no encontrar su lugar, y grave equivocarse en el camino.

Nada es pues libre, ya que nos sentimos llamados a elegir personalmente la orientación y la conducta de nuestra vida en donde todo es nuestro. Y nada está determinado porque Dios que nos ha salvado, nos ha llamado también con una llamada santa y toda una serie de aportaciones se nos imponen desde fuera o resuenan en el interior (1 Co 3, 21; 2 Tm 1, 9).
Es pues vital y urgente discernir bien, sobre todo cuando se tienen de 18 a 30 años. Conviene saber a esa edad a qué estamos llamados. Pues no somos obligados, ni sin luz, ni sin apoyo. Realmente llenos de gracia y plena libertad (Jn 1, 16).

Tres condiciones de partida

Si queremos vivir a la luz del Evangelio, Jesús mismo nos dice que debemos ante todo construir nuestra casa edificándola en la roca (Mt 7, 24).
La roca de la fe y de la confianza en Dios. Nos dice luego que debemos arraigar el árbol

de nuestra vida en buena tierra, si queremos que dé buenos frutos (Mt 7, 17). La buena tierra de la humildad. Y nos indica finalmente en dónde está la verdadera ruta que puede llevarnos a la Casa del Padre. La ruta que lleva el propio nombre de quien se ha hecho camino de nuestras vidas (Jn 14, 1-6). Podemos tener entonces la seguridad de que nuestra vocación estará bien aclarada, bien percibida y bien orientada. Sino, sólo haremos lo que nos agrada y corremos el riesgo de encontrar nada más que pequeñas satisfacciones e ir hacia delante con grandes desilusiones. Y no se tiene derecho, sabiendo eso, de plantar un árbol estéril, construir una casa que se resquebraja y tomar un camino extraviado.

No puede sucedernos nada mejor que lo que el Padre desea para cada uno y cada una de nosotros, pues es un Dios todo amoroso y todopoderoso (Jn 6, 44-45). Podemos confiar en él. Desde el inicicio todo se aclara. El terreno se prepara, y la bruma se levanta (Hb 11, 13-14). El horizonte se desvela, el término de la peregrinación se precisa: Buscad ante todo el Reino de Dios y lo demás se os dará por añadidura (Mt 6, 33).

¿Qué vamos a temer? Es fiel el que nos llama (1 Th 5, 24). ¿Qué vamos a buscar? Buscad imitar a Dios como hijos queridos (Ef 5, 1).

Lo que tenemos que vivir consiste menos en ser encontrados que en ser recibidos por Dios.

Se puede discernir lo que agrada a Dios optando de entrada por la manera de vivir que agrada a Dios (Ef 5, 10). No nos puede suceder nada mejor. ¡Qué seguridad para los hijos de Dios (1 Jn 3, 1)! Es el Señor quien lleva en su propio corazón el proyecto más bello de mi propia vida. Nuestro vocación no es ante todo encontrar sino recibir de su mano (1 Jn 3, 22). Si estamos convencidos, podemos avanzar en paz. Sabemos lo que está ecrito: Dios nos ha elegido desde el comienzo para salvarnos por el Espíritu que santifica y la fe en la verdad. Y el apóstol precisa: hemos sido llamados por el Evangelio para que adquiramos la gloria de nuestro Señor Jesucristo (2 Th 2, 13-14). ¿Quién podría imaginarse un mejor proyecto de vida para sí mismo?

Llamada común dirigida a todos

Dios ha dado los talentos a las personas y se dirige a cada uno /a de forma diversa (Mt 25, 14-13). El Padre propone a cada uno su vocación, que sostiene siempre la gracia de Dios que es la fuente de la salvación para todos.

Para todo cristiano el camino está trazado a grandes líneas (Tt 2, 11).

PRIMERA CONVICCIÓN: Sólo hay una vocación para todos y no es facultativa: es la santidad (Lv 19, 2). Poco importa nuestro estado de vida, nuestro lugar de inserción, nuestro compromiso social, eclesial o familiar (1 Th 4, 3). Todo esto es secundario Pero todos estamos llamados a ser santos. Todos santos (Mt 5, 48).

SEGUNDA CONVICCIÓN : toda vida baustismal sólo puede vivirse en referencia al Evangelio y en la imitación de Cristo. Nos hace marchar con él, enraizados y edificados en él (Col 2, 6-7). Si tal es el caso, nuestro camino está alumbrado, nuestra casa puede mantenerse en pie y nuestro árbol lleva frutos. El Evangelio, vivido siguiendo los pasos de Cristo, se convierte a la vez en Evangelio de la vida y en Evangelio de la salvación (Ef 1, 13).
TERCERA CONVICCIÓN: El Espíritu de Dios está ahí, en cada uno de nosotros, ES EL QUE NOS INSPIRA A LA VEZ LA ACCIÓN Y LA INTENCIÓN EL PROVECHO DE SUS designios (Fp 2, 13). Cada uno, en el interior, está habitado por la gracia y animado por la vida divina.

¿Cómo se va a tener miedo si el mismo Señor nos ha llamado para compartir su Reino? (Ga

3, 14)?
CUARTA CONVICCIÓN: en toda vida, cualquiera que sea, hay pruebas, límites, dificultades, cambios imprevistos, sufrimientos (Jn 15, 18-20). La elección de una vocación no puede consistir en evitar que se lleve su cruz cada día. Existe en todos los aspectos y estados de vida. Consiste en elegir llevar su cruz siguiendo a Cristo, presente en toda existencia, que la lleva con nosotros e incluso por nosotros (Lc 9, 22; 1 P 2, 21).
Lo esencial de nuestra vida cristiana consiste en vivir de amor y de fe (1 Co 13, 1-8; Jn 15, 5; Ga 5, 6).
Así podemos decir que toda vocación cristiana es una vocación a la nupcialidad. Casados , solteros o consagrados, todos estamos invitados a amar a Cristo como como esposo, esperando vivir este misterio en las bodas eternas (Mt 25, 1-6). Sólo Dios nos santifica y ésta consiste en acoger la plenitud de su vida (Is 54, 5; 62, 5).
El Señor nos premiará según el bien que hayamos hecho (Ef 6, 8). Tal es el camino común propuesto por Dios a todos los hombres de buena voluntad.

Tres luces para aclarar nuestra elección

El hecho de que estemos todos llamados a la santidad, no dispensa a nadie de ir más adelante para precisar su libre elección.

¿Cómo discernir más concretamente su propia vocación y la elección efectiva de su estado de vida?

La primera luz es interior. Se nos da por la voz de la conciencia. En el fondo de cada corazón hay una espera, un deseo, un atractivo. Una especie de ley inscrita en lo más íntimo por la que, en el interior, Dios habla a cada uno (Rm 2, 15). Y a esto se responde con libertad, pues donde está el Espíritu del Señor está la libertad (2 Co 3, 17).
Hace falta en primer lugar elegir lo que se quiere, a lo que se inclina el corazón, su corazón profundo; a lo que aspira su alma, su alma inmortal; a lo que se siente llamado el espíritu divino que se une al Espíritu Santo (Rm 8, 16). Se debe amar lo que se elige, desear el estado de vida con el que se casa, ser feliz con la forma de existencia a la que se orienta. La prueba es la alegría y la paz que se sienten en el alma, en el pensamiento de la elección. Dios nos ha dado la gracia de que coincidamos con su voluntad; y sentirnos libres y en paz según sus designios (Ef 1, 9).

La segunda luz es más exterior. Brota de lo que se puede llamar la gracia de los acontecimientos. Estos, que desde nuestro nacimiento hasta este día, tejen nuestra vida.

La familia en la que he nacido, la educación recibida, los estudios realizados, las experiencias vividas. Unn fracaso, un éxito, un encuentro, el paso del vacío a la plenitud. Es Dios quien da la gracia y el crecimiento, de día y de noche, por el poder del Espíritu que crece y se fortalece en nuestro interior (1 Co 3, 6; Ép 3, 16).

La tercera luz es es buscar la confirmación de un tercero. Son los hogares de luz y los hijos de la luz para discernir lo que agrada al Señor (1 Co 12, 10; Ph 2, 15; Ép 5, 8-10).
Un buen retiro, una larga estancia en un lugar de silencio, la escucha atenta de un padre espiritual, todo nos lleva a una renovación de nuestro juicio que nos transformará y nos hará discernir cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le agrada, lo que es perfecto (Rm 12, 2).

Si entre la voz de mi conciencia, la luz de los acontecimientos de mi vida y la confirmación de un tercero digno de fe, hay convergencia,

no reivindiquemos más ventaja. Ese es el camino. La decisión última me pertenece. Confía en la gracia y en la esperanza y deja aparte las dudas que te presenta el diablo, el enemigo y padre de la mentira (Mt 13, 24-28; Jn 8, 44). Pero la paz vuelve en seguida. La alegría sube de tono. Se toma la decisión. Se convierte en adulta y así se camina felizmente por la vida.

Nada sería peor que la abulia, esta enfermedad de la indecisión, tan propia de los tiempos modernos, en los que se quiere tocar todo pero sin comprometrese en nada. El mismo Dios odia al corazón indeciso (Salmo 119, 113). Pero aún así hay que tener paciencia por si madura. Nunca se violenta la libertad. Quiero amor y no sacrificios (Os 66; Mt 9, 13)). Pero el amor existe también y sólo existe a través de la acogida en sí y el don de sí.Y por tanto el olvido de sí. La grandeza del hombre está en el compromiso sereno de su verdadera libertad (Jn 12, 25).

Cuatro actitudes de alma para discernir bien

Ante todo hay que orar. Orar serenamente, no febrilmente. Orar largamente y no sólo

cuando todo va mal. Rezar por sí mismo para pedir la luz para su vida, a Dios que es la luz de toda vida. Recurrid siempre a la oración (Fp 4, 6). Y sobre todo cuando se discierne la elección de su vida. Se olvida a menudo de rezar por sí mismo.

Luego hay que escuchar. Interrogar al cuerpo, al alma, al corazón, al espíritu. Interrogar a su inteligencia, afectividad, voluntad, desconfiando del cerebro, pues no hay que calcular sino dar. Hay más felicidad en dar que en recibir (Hch 20, 35). El Evangelio y la Iglesia están ahí para ayudarnos. Instruido así, se tiene mayor claridad. Si hay discordancia entre todas estas voces, es la palabra de Dios a la que hay que escuchar. Hay que obdecer a Dios antes que a los hombres. Nunca nos faltará su apoyo.
Es preciso decidir. Elegir es eliminar. Comprometerse en esto, es renunciar a eso. Nada puede hacerse aquí sino seguir la voluntad. Ninguna motivación es totalmente pura y ninguna elección es perfectamente clara. Pero hay que decidirse...

La felicidad, en cualquier estado de vida, no es de este mundo. Pero la paz, la luz, la alegría se nos prometen y se nos dan. ¿No es bastante para avanzar y mantenerse? Y el apóstol Pedro añade:"Tened mucho celo en la firmeza de vuestra vocación y elección (2 P 1, 10). Haciendo esto, no hay peligro de caer.

No se puede pasar la vida entera soñando en otra cosa. La comunidad perfecta no existe. Hay que aceptar la propia vocación para ahora y siempre. Es Dios quien mantiene a los que le aman (2 Tm 4, 8).

¿Y para la llamada a la vida consagrada?

Existe una llamada especial para una vida muy particular: "la vida consagrada". El mismo Juan Pablo II convocó un sínodo en 1996 para estudiar este tema. De este encuentro salió la Carta Apostólica "Vita consacrata". ¿Cómo saber si es llamado y si sí, en qué forma particular entre todas las que pueden presentarse?

Diría personalmente que hay una serie de cuestiones cada vez más precisas que requieren cada una una respuesta.

Hay que aclarar la elección entre matrimonio y celibato consagrado. Los dos caminos son bendecidos por Dios y son rutas para la santidad. Pablo dice que aquella (o aquel) que se casa hace un gran bien, al igual que aquel o aquella que elige la virginidad hace lo mejor (1 Co 7).

Cada uno debe responder a uno u otro estado con libertad plena.
La elección del celibato consagrado puede tomarse, no por miedo o desprecio del matrimonio o por otros motivos, sino por el deseo de seguir a Cristo...para una mayor disponibilidad para amar de modo más grande, más libre, y más espiritual testimoniando lo absoluto de Dios y con vistas al Reino de los cielos (Mt 19, 12).

Los votos deben vivirse en verdad y en plena libertad, para gozarnos en la alegría y en la paz. Son muchos los"carismas" que Dios entrega voluntariamente, más que "virtudes" que se conquistan por la voluntad.
La llamada a la vida consagrada así discernida, lleva a elegir entre vida apostólica y vida contemplativa. Las dos son igualmente bellas. Pero hay que elegir en cuál, personalmente, nos llama el Señor. ¿Estoy hecho para una vida de educador, hospitalario, sacerdote?, ¿o para una vida contemplativa, fundada en el eje de la liturgia, la vida fraterna, un resplandor evangélico partiendo de este doble testimonio de la oración común y del amor compartido?

Queda, para terminar, que algún día nos diremos cada cual en su estado con placidez, firmeza y prudencia:« Es aquí en donde doy todo a Cristo, al matrimonio para siempre » La clave de nuestra vida es encontrar el sitio

en el que podamos disfrutar de la paz y la alegría a la luz de la verdad y de la libertad”.